



Entonces elevamos como un rito  
un silencio sonoro  
que convocaba todas las palabras.  
Vertiéndolo en la sangre, convertíamos  
en vida propia toda la juventud del mundo.

Comprendimos que siempre hay una música  
que llega con su múltiple oleaje  
a la playa de cada corazón;  
que hay un barco que llega,  
siempre llega de lejos  
trayendo tantos sueños atrasados,  
tanto desconocido aroma  
o amor para vivir aún después  
de todo lo vivido:  
tanta belleza aún sin descorchar.  
Oh, cómo florecieron esas tres  
gracias, esas tres dádivas de oro,  
esas tres amatistas, tres oboes,  
tres dones en el don de un solo día.

Y empezamos a hablar como olvidándonos  
de todo. Como si debiéramos  
aprenderlo otra vez todo: !Empezamos a vivir!

Rafael ALFARO